

rio motriz se hubiera conservado, si no en su mecanismo, por lo menos en sus efectos. De ahí que sea verosímil que en otros planetas y en otros sistemas solares la vida se desenvuelva bajo formas de que no tenemos idea y en condiciones físicas que le son repugnantes desde el punto de vista de nuestra fisiología. Tratando esencialmente de apoderarse de energía utilizable para gastarla en acciones explosivas, seguramente en cada sistema solar y en cada planeta elige, como ha hecho en la tierra, los medios más propios para conseguir este resultado dentro de las condiciones respectivas. La verdad es que la vida es posible doquier: 1.º, la energía baja la pendiente indicada por la ley de Carnot; y 2.º, una causa de dirección inversa puede retardar la bajada; es decir, sin ningún género de duda, en todos los mundos colgados de todas las estrellas. Yendo más lejos, ni siquiera es necesario que la vida se precise y se concentre en organismos propiamente dichos, es decir, en cuerpos definidos que para el derrame de la energía ofrezcan canales, hechos de una vez, aunque elásticos. Concíbese, aunque casi no pueda imaginarse, que la energía pueda estar puesta de reserva para luego consumírsela á lo largo de líneas variables que corran al través de una materia todavía no solidificada: habría en esto todo lo esencial para la vida: lenta acumulación de energía y brusca descarga de ésta. Entre esta vitalidad ligera y vaga y la definida que conocemos, casi

no habría más diferencia que la que en nuestra vida psicológica se observa entre el estado de sueño y el de vigilia. Posiblemente así fué la condición de la vida en nuestra nebulosa antes que terminara la condensación de la materia, si es cierto que la vida emprendió su vuelo en el momento mismo en que por efecto de un movimiento inverso apareció la nebulosa.

Es, pues, concebible que la vida hubiese podido revestir un aspecto exterior diverso y dibujar formas muy distintas de las que le conocemos. Con otro *abstracto* químico y en otras condiciones físicas, la impulsión hubiera continuado siendo la misma, pero durante el camino se hubiese escindido muy diversamente y en conjunto se hubiera recorrido otro camino, más corto quizá, ó más largo. En cualquier caso, ningún término de la serie entera de seres vivos hubiese sido lo que hoy es.

Pero ¿era necesario que hubiera serie y términos? ¿Por qué el impulso único no pudo haberse impreso á un cuerpo único que hubiese evolucionado indefinidamente? Son preguntas que surgen naturalmente de la comparación de la vida á un impulso. Y hay que compararla á un impulso, porque no hay imagen (sacada del mundo físico) que pueda dar de ella más aproximada idea. Pero es sólo una imagen: en el espacio, y sólo en el espacio, es indudablemente imposible la multiplicidad distinta: en él un punto es absolutamente exterior á otros. Pero tampoco más que en el espacio se encuentra la

unidad pura y vacía: la del punto matemático. Unidad y multiplicidad abstractas son determinaciones del espacio ó (á voluntad) categorías del entendimiento, ya que espacialidad é intelectualidad se calcan una sobre otra. Pero lo que es de naturaleza psicológica no podría aplicarse exactamente al espacio ni entrar en los cuadros del entendimiento. En un momento dado, ¿mi persona es una ó múltiple? Si la declaro una, surgen voces interiores que protestan: las de sensaciones, sentimientos y representaciones que se reparten mi personalidad. Pero si la declaro distintamente múltiple, mi conciencia se levanta, con no menos fuerza, para afirmar que mis sensaciones, sentimientos y pensamientos son abstracciones que efectúo sobre mí mismo, y que cada estado mío implica todos los demás. Entonces soy—adoptando el lenguaje del entendimiento, único que tiene lenguaje—unidad múltiple y multiplicidad una (1); pero unidad y multiplicidad no serán más que vistas tomadas sobre mi personalidad por un entendimiento que apunta hacia mí sus categorías; yo no quepo en la una ni en la otra, ni á la vez en las dos, aunque entrambas juntas puedan dar una aproximada imitación de la interpenetración recíproca y de

(1) Hemos desarrollado el punto en «Introduction à la metaphysique (Revue de metaphysique et de morale)», 1903, págs. I á 25).

la continuidad que hallo en el fondo de mí mismo. Así es mi vida interior, y también es así la vida en general. Si en su contacto con la materia, la vida es comparable á un ímpetu ó á una impulsión, contemplada en sí misma, es inmensidad de virtualidades, mutua invasión de mil y mil tendencias que, sin embargo, sólo serán “mil y mil,” una vez exteriorizadas unas con relación á las otras, es decir, especializadas. El contacto con la materia determina esta disociación, porque aquélla, efectivamente, divide lo que sólo virtualmente era múltiple; en este sentido la individualidad es, en parte, obra de la materia y en parte efecto de lo que la vida lleva consigo. Del mismo modo, de un sentimiento poético que se exterioriza en estrofas distintas, en versos y palabras también distintos, podrá decirse que ya contenía esta multiplicidad de elementos individualizados y que, sin embargo, la ha creado la materialidad del lenguaje.

Pero al través de palabras, versos y estrofas vuela la inspiración, que es el todo del poema. Del mismo modo, entre individuos disociados todavía circula la vida; por doquier la tendencia á individualizarse se ve combatida y al mismo tiempo perfeccionada por la tendencia á asociarse, antagónica y complementaria, como si la unidad múltiple de la vida, atraída en el sentido de la multiplicidad, hiciera igual esfuerzo para contraerse en sí misma. Apenas se desprende una parte de ella, tiende á jun-

tarse, ya que no con todo el resto, por lo menos con lo que tiene más cerca; de ahí en todos los dominios de la vida el balanceo entre la individualización y la asociación. Los individuos se yuxtaponen en sociedad; pero, apenas formada, ya ésta quisiera fundir en un nuevo organismo á los individuos yuxtapuestos, de modo que ella misma venga á ser individuo que pueda á su vez formar parte integrante de una nueva asociación. En lo más bajo de la escala de los organismos hallamos ya verdaderas asociaciones, las colonias microbianas, y en ellas, según un trabajo reciente (1), la tendencia á individualizarse por la constitución de un núcleo. Idéntica tendencia se halla en un escalón más alto, en los protófitos que, aun salidos de la célula madre por vía de división, permanecen unidos por la substancia gelatinosa que rodea su superficie, y en los protozoarios que empiezan por entremezclar sus pseudópodos, y acaban por soldarse entre sí. Es conocida la teoría llamada "colonial", de la génesis de los organismos superiores, los protozoarios, contituídos por una célula única, forman por yuxtaposición agregados que, acercándose á su vez, den agregados de agregados; y así de organismos cada vez más complicados y más diferenciados por la asociación, nacen

(1) Lerkovski: Memoria (en ruso) analizada en la «Annee biologique», 1898, pág. 317.

organismos apenas diferenciados y elementales (1). Bajo esta forma extrema, la tesis ha suscitado graves objeciones; cada día se afirma más la idea de que el polizoísmo es un hecho excepcional y anormal (2). Pero no es menos cierto que las cosas suceden *como si* todo organismo superior hubiese nacido de una asociación de células que se hubiesen repartido el trabajo. Lo más probable es que no sean las células las que han hecho el individuo por vía de asociación, sino que el individuo haya hecho las células por vía de disociación (3). Pero esto mismo nos revelaría en la génesis del individuo la preocupación de la forma social, como si no pudiera desarrollarse sino á condición de escindir su substancia en elementos que tengan una apariencia de individualidad y se unan por una apariencia de sociabilidad. En muchos casos la naturaleza parece vacilar entre las dos formas, y preguntarse si constituirá una sociedad ó un individuo; basta entonces el más leve impulso para inclinar la

(1) Ed. Porrier: «Les colonies animales.» París, 1897 (segunda edición).

(2) Delage: «L'Hérité», segunda edición. París, 1903, pág. 97. Del mismo: «La conception polyzoïque des êtres.» (Rev. scient., 1896, pág. 641.)

(3) Es la teoría sostenida por Kunstler, Delage, Ledguwrck, Lablé, etc. Hállase su desarrollo con indicaciones bibliográficas en la obra de Busquet: «Les êtres vivants.» París, 1899.

balanza de uno á otro lado. Si, por ejemplo, tomamos un infusorio bastante voluminoso, como el Stentor, y lo cortamos en dos mitades, cada una de las cuales contenga una parte del nucleo, cada mitad regenera un Stentor independiente; pero si se efectúa la división incompletamente, dejando entre las dos mitades una comunicación protoplásmica, se las ve, á cada una por su lado, ejecutar movimientos perfectamente sinérgicos; de modo, que de un hilo cortado ó unido depende que la vida afecte la forma social ó la individual. De este modo, en organismos rudimentarios hechos de una célula única, ya notamos que la aparente individualidad del todo es el compuesto de un número *no definido* de individualidades virtuales asociadas virtualmente. Y hasta lo más alto de los seres vivos se manifiesta la misma ley; es lo que expresamos al decir que unidad y multiplicidad son categorías de la materia inerte, que el impulso vital no es unidad ni multiplicidad puras, y que si la materia con la cual se comunica le obliga á elegir una de las dos, la elección no será nunca definitiva y saltará indefinidamente de una en otra. No tiene, por tanto, nada de accidental la evolución de la vida en la doble dirección de la individualidad y de la asociación; radica en la misma vida. No menos esencial es la marcha hasta la reflexión. Si nuestros análisis son exactos, en el origen de la vida está la conciencia, ó mejor la superconciencia. Conciencia (ó supercon-

ciencia) es el cohete cuyos restos apagados caen en forma de materia, y conciencia es todavía lo que subsiste del cohete atravesando los restos é iluminándolos en forma de organismo. Pero esta conciencia, *exigencia de creación*, sólo se manifiesta á sí misma en donde la creación es posible; se duerme cuando la vida se ve condenada al automatismo; despierta en cuanto renace la posibilidad de una elección. Por esto, en los organismos desprovistos de sistema nervioso, varía en razón del poder de deformación y de locomoción de que dispone el organismo; en los animales de sistema nervioso es proporcional á la complicación de la encrucijada en que se encuentran las vías llamadas sensoriales y las motrices, es decir, el cerebro. ¿Cómo explicarnos esta solidaridad entre organismo y conciencia? No insistiremos en un punto que hemos profundizado en anteriores trabajos: nos limitamos á recordar que la teoría según la cual la conciencia está unida á ciertas neuronas, por ejemplo, y se desprendería de su trabajo una especie de fosforescencia (1) puede ser aceptada por el hombre de ciencia para el detalle del análisis; es una manera cómoda de expresarse, pero no es nada más. En realidad, un ser vivo es un centro de acción. Representa cierta suma de contingencia introduciéndose en el mundo, es decir, cier-

(1) Doctor Ramón y Cajal, entre otros. — *N. del T.*

ta cantidad de acción posible, cantidad variable según los individuos y, sobre todo, según las especies. El sistema nervioso de un animal señala las líneas flexibles á lo largo de las cuales su acción correrá (aunque la energía potencial á que hay que dar suelta esté acumulada en los músculos más bien que en el mismo sistema nervioso); sus centros nerviosos indican con su desarrollo y configuración la opción mayor ó menor que tendrá entre acciones más ó menos numerosas y complicadas. Ahora bien; siendo el despertar de la conciencia en un ser vivo, tanto más completo cuanto mayor es la latitud de elección de que dispone y más considerable la acción que alcanza, es evidente que el desarrollo de la conciencia *parecerá* regularse por el de los centros nerviosos. Por otra parte, siendo todo estado de conciencia (por cierto lado) una cuestión planteada á la actividad motriz y aun un principio de solución, no hay hecho psicológico que no ponga en juego mecanismos corticales. Las cosas, por tanto, sucederán *como si* la conciencia brotara del cerebro y el detalle de la actividad consciente se moldease por el de la actividad cerebral. En realidad, la conciencia no brota del cerebro, pero cerebro y conciencia se corresponden porque miden igualmente, aquél por la complejidad de su estructura, ésta por la intensidad de su despertar, la cantidad de *elección* de que dispone el ser vivo.

Precisamente porque un estado cerebral ex-

presa simplemente lo que el estado psicológico correspondiente contiene de acción naciente, el estado psicológico ofrece más claridad que el estado cerebral. La conciencia de un ser vivo, como hemos tratado de probar en otra parte, es solidaria de su cerebro, en el sentido en que un cuchillo es solidario de su punta; el cerebro es la acerada punta con la cual la conciencia penetra en el tejido compacto de los acontecimientos, pero no es coextensivo á la conciencia, como la punta no lo es al cuchillo; de ahí que aun pareciéndose mucho el cerebro del mono y el del hombre, no por esto deduciremos que las conciencias correspondientes sean entre sí comparables (ni aun comensurables).

Y quizá se parecen menos de lo que se supone. ¿Cómo no llama la atención el hecho de que el hombre es capaz de aprender cualquier ejercicio, de fabricar cualquier objeto, en una palabra, de adquirir cualquier hábito motor, mientras en el animal mejor dotado, aun en el mono, la facultad de combinar nuevos elementos está limitada muy estrechamente? En esto consiste la característica cerebral del hombre. Su cerebro está hecho, como todo cerebro, para armar mecanismos motores y dejarnos elegir de entre ellos, en un momento cualquiera, el que pondremos en movimiento soltando un resorte. Pero se diferencia de los otros en que es indefinido el número de mecanismos que puede armar, y por tanto, el número de resortes en-

tre los cuales tiene la opción de soltar uno. Y de lo limitado á lo ilimitado, hay toda la distancia que va de lo cerrado á lo abierto. La diferencia no es de grado, sino de naturaleza.

Por consiguiente, es también radical la diferencia entre la conciencia del animal, aun el más inteligente, y la humana; porque la conciencia responde exactamente al poder de elección de que el ser vivo dispone; es coextensiva á la franja de acción *posible* que circunda á la acción real; conciencia es sinónimo de invención y de libertad. Sólo que en el animal la invención nunca es más que variación sobre el tema de la rutina; encerrado en los hábitos de la especie, llega indudablemente á ensancharlos con su individual iniciativa; pero si se libra del automatismo es sólo por un instante, el tiempo preciso para crear un automatismo nuevo; en seguida, la puerta de su cárcel se le vuelve á cerrar; al tirar de su cadena, no hizo más que alargarla. En cambio, en el hombre, la conciencia rompe la cadena; en él y sólo en él, la conciencia se hace libre. Hasta que él apareció, toda la historia de la vida había sido la de un esfuerzo de la conciencia para levantar la materia y de un aplastarse la conciencia más ó menos completamente por el peso de la materia que volvía á caer sobre ella; la empresa era paradójal, si en esto cabe hablar de empresa y de esfuerzo, á no ser por metáfora; se trataba de crear con la materia, que es necesidad, un instrumento de libertad, de fabricar

una mecánica que triunfara del mecanismo, y de emplear el determinismo de la naturaleza en pasar á través de las mallas de la red que éste había tendido. En todas partes, con excepción del hombre, la conciencia se enredó entre estas mallas, quedó presa de los mecanismos que había logrado armar; el automatismo que pretendía dirigir en el sentido de la libertad, se le enrolló y la arrastra sin que ella tenga la fuerza de sustraérsele, porque la enegía de que había hecho provisión tiene que emplearla casi toda en sostener el equilibrio infinitamente sutil, esencialmente inestable, hasta el cual ha podido arrastrar á la materia. Pero el hombre no sólo alimenta su máquina; llega á servirse de ella como le place. A no dudarlo, lo debe á la superioridad de cerebro que le permite construir un número ilimitado de mecanismos motores, ó poner incesantemente nuevos hábitos á los antiguos, y dividiendo al automatismo, dominarlo. Lo debe al lenguaje que da á la conciencia un cuerpo inmaterial en que encarnarse, y así le libra de situarse exclusivamente sobre los cuerpos materiales, cuyo flujo empezaría por arrastrarle, para luego tragárselo. Débelo á la vida social que almacena y consume esfuerzos (como el lenguaje pensamientos), y así fija un nivel medio hasta el cual los individuos deberán alzarse de golpe, y con esta excitación inicial á los mediocres les impide dormirse y á los mejores los impulsa á subir más alto. Pero cerebro, lenguaje y sociedad, no son

más que signos exteriores y diversos de una sola y misma superioridad interna; cantan, cada una á su modo, el éxito único, excepcional, alcanzado por la vida en un momento dado de su evolución; traducen la diferencia (de naturaleza y no de grado) que separa al hombre del resto de la animalidad; nos dejan adivinar que si en el ancho trampolín sobre el cual la vida había tomado su impulso, todos los demás seres cayeron, encontrando demasiado alta la cuerda, sólo el hombre ha saltado el obstáculo.

En este muy especial sentido, el hombre es "término," y "fin," de la evolución. Dijimos antes que la vida trasciende á la finalidad como á las demás categorías; esencialmente es una corriente proyectada al través de la materia y que saca de ello lo que puede. No ha habido propiamente proyecto ni plan. Por otra parte, es de toda evidencia que el resto de la naturaleza no depende del hombre; luchamos como las demás especies; hemos luchado contra las demás especies. Finalmente, si la evolución de la vida hubiese chocado en su camino por accidentes distintos, y por ello se hubiese dividido de otro modo, seríamos muy distintos de lo que somos en lo físico y en lo moral. Por estas diversas razones, erradamente se consideraría á la humanidad, tal cual la vemos, como preformada en el movimiento evolutivo; ni siquiera puede decirse que sea el término de la evolución entera, porque la evolución ha seguido

muchas líneas divergentes, y si al extremo de una de ellas está la especie humana, al término de otras hay otras especies también. Es un sentido muy distinto, que consideramos á la humanidad como razón de ser de la evolución.

Desde nuestro punto de vista, la vida aparece globalmente como onda inmensa que se propaga partiendo de un centro, y que casi la totalidad de su circunferencia se ve detenida y convertida en oscilación sobre el mismo sitio, pero que en un punto ha forzado el obstáculo y la impulsión ha pasado libremente. Es esta libertad la que encarna la forma humana. Por todas partes — menos en el hombre — la conciencia se ha visto acorralada en un callejón sin salida; sólo en el hombre ha podido proseguir su camino. El hombre continúa indefinidamente el movimiento vital, pero no arrastra consigo todo lo que la vida consigo llevaba. Por otras líneas de evolución han caminado otras tendencias que la vida complicaba, de las cuales, á no dudarlo, algo (poco) ha conservado el hombre, porque todo se compenetra. *Sucede todo como si un ser indeciso y desdibujado, que se llamará á voluntad "hombre ó superhombre," hubiera tratado de realizarse á sí mismo, y sólo lo hubiese alcanzado abandonando por el camino una parte de sí mismo.* Estos rezagos son representados por el resto de la animalidad y aun por el mundo vegetal, por lo menos en lo que una y

otro tienen de positivo y de superior á los accidentes de la evolución.

Este punto de vista atenúa singularmente las discordancias, cuyo espectáculo la naturaleza nos ofrece; el conjunto del mundo organizado pasa á ser como el *humus*, sobre el cual debía crecer el hombre ó un ser que moralmente se le pareciera. Los animales, por alejados y aun por enemigos que sean de nuestra especie, no por esto han dejado de ser útiles compañeros de viaje, en los cuales la conciencia se ha ido descargando de lo que llevaba de estorbos, lo cual le ha permitido levantarse, en el hombre, hasta una altura desde la cual ve abrírsele ilimitados horizontes.

Cierto es que no ha sido sólo un bagaje molesto lo que ha abandonado por el camino, sino que ha debido renunciar á bienes preciosos. La conciencia en el hombre es, sobre todo, inteligencia; hubiera podido (parece que debido) ser también intuición; ésta y aquélla son dos opuestas direcciones del obrar consciente; la intuición camina en el sentido de la vida; la inteligencia va en sentido inverso, y por esto se encuentra, naturalmente, regulada por el movimiento de la materia. Sería completa y perfecta una humanidad en que entrambas formas de la actividad consciente alcanzaran pleno desarrollo; también cabe concebir entre esta humanidad y la nuestra muchos grados intermedios, correspondientes á todos los grados imaginables de la inteligencia y de la in-

tuición. Y esta es la parte de la contingencia en la estructura mental de nuestra especie: otra evolución hubiera podido llegar hasta una humanidad todavía más inteligente ó más intuitiva. De hecho, en la humanidad de que formamos parte, la intuición casi ha sido sacrificada á la inteligencia: parece que ésta hubiera agotado lo mejor de sus fuerzas en la conquista de la materia y en la reconquista de sí misma. Esta conquista, en las particulares condiciones que se ha hecho, exigió que la conciencia se adoptase á los hábitos de la materia y concentrase sobre éstos toda su atención, es decir, se determinase más, especialmente en inteligencia. Sin embargo, siempre está presente la intuición, pero vaga y, sobre todo, discontinua: es una lámpara casi apagada, que sólo se reanima de tarde en tarde y apenas por algunos instantes; pero, al fin, por lo menos se reanima algunas veces y es cuando está en juego algún interés vital. Sobre nuestra personalidad, nuestra libertad, el lugar que ocupamos en el conjunto de la naturaleza, nuestro origen y quizá también nuestro destino, arroja una luz débil y vacilante, pero que alcanza á atravesar la obscuridad de la noche en que nuestra inteligencia nos deja.

La filosofía debe hacer suyas estas intuiciones fugaces y que sólo iluminan su objeto de vez en cuando; debe hacerlo: primero, para sostenerlas; luego, para dilatarlas y acordarlas entre sí. Cuando más avanza en esta labor,

mejor advierte que la intuición es el espíritu, el mismo espíritu y en cierto sentido la vida misma; la inteligencia no es más que un corte hecho en la intuición mediante un proceso, imitación del que ha engendrado la materia. Así aparece patente la unidad de la vida mental, que no se ve colocándose en la intuición para pasar de ésta á la inteligencia, porque de ésta nunca se pasará á aquélla.

De este modo, la filosofía nos introduce en la vida espiritual. Y al mismo tiempo nos muestra la relación de la vida del espíritu con la del cuerpo.

El gran error de las doctrinas espiritualistas ha consistido en creer que aislando de todo lo demás á la vida espiritual y colgándola en el espacio lo más alto posible, la ponían al abrigo de todo ataque, fuera de tiro; no veían que la exponían sencillamente á ser tomada como efecto de espejismo.

Es cierto que tienen razón al escuchar á la conciencia cuando afirma la libertad humana; pero viene la inteligencia y dice que la causa determina el efecto, que lo mismo condiciona lo mismo, que todo está dado y que se repite todo.

Tienen razón al creer en la realidad absoluta de la persona y en su independencia enfrente de la materia; pero viene la ciencia, que demuestra la solidaridad de la vida consciente y la actividad cerebral.

Tienen razón al atribuir al hombre un lugar

privilegiado en la naturaleza, y en considerar infinita la distancia que hay entre el animal y el hombre; pero viene la historia de la vida, y nos hace asistir á la génesis de las especies mediante graduales transformaciones, con lo cual parece que reintegra al hombre en la animalidad.

Y si un poderoso instinto proclama la probabilidad de la sobrevivencia personal, tienen razón al no cerrar los oídos á esta voz; pero si existen "almas," capaces de vida independiente, ¿de dónde vienen? ¿Cuándo, cómo, por qué, entran en este cuerpo, que vemos con nuestros ojos salir tan naturalmente de una célula mixta proveniente del cuerpo de sus dos antecesores?

Cuestiones todas que quedarán sin solución, *filosofía de intuición* que por ser negación de la ciencia, tarde ó temprano será por ésta barrida, en tanto aquélla no se decida á ver la vida del cuerpo en donde realmente está, en el camino que conduce á la vida del espíritu. Sólo que entonces ya no tendrá únicamente ante la vista á determinados seres vivos, sino que la vida entera, desde la impulsión inicial que la lanzó al mundo, se le presentará como una marea que sube y que contraría al movimiento descendente de la materia.

En la mayor parte de su superficie, á alturas distintas, la materia ha hecho de la corriente torbellino que gira sobre sí mismo; pero por un *punto* ésta pasa libremente, arrastrando tras

de sí el obstáculo, que hace más pesada su marcha, pero no la detendrá; en el punto está la humanidad, y en esto consiste el privilegio de nuestra situación. Por otra parte, esta marea que sube es conciencia, y como tal, envuelve virtualidades sin número que se compenetran, y á las cuales no cuadran, ni la categoría de la unidad, ni la de la multiplicidad, hechas para la materia inerte; tan sólo la materia que la conciencia acarrea consigo, y en cuyos intersticios se injerta, puede dividirla en individualidades distintas. Pasa la corriente atravesando generaciones humanas y subdividiéndose en individuos; subdivisión que en ella ya se dibujaba vagamente, pero que, sin la materia, no se hubiera acusado; así, sin cesar se crean almas que, sin embargo, en cierto sentido preexistían; no son otra cosa que los arroyuelos en los cuales se divide el gran río de la vida, que corre al través del cuerpo de la humanidad. El movimiento de una corriente es distinto de aquello á lo largo de lo cual marcha, aunque por necesidad adopte sus sinuosidades. La conciencia es distinta del organismo que anima, aunque sufra alguna de sus vicisitudes. Así como las acciones posibles, cuyo dibujo se contiene en un estado de conciencia, reciben „ cada instante en los centros nerviosos un comienzo de ejecución, también el cerebro subraya á cada instante las articulaciones motrices del estado de conciencia; no va más allá la interdependencia de conciencia y cere-

bro, ni por ello la suerte de la conciencia depende de la suerte de la materia cerebral. Finalmente, la conciencia es esencialmente libre; es la libertad misma, pero no puede atravesar la materia sin posarse en ella, sin adaptársele; esta adaptación es lo que se llama intelectualidad, y la inteligencia, volviéndose hacia la conciencia actuante, es decir, libre, la hace, naturalmente, entrar en los cuadros en que tiene costumbre de ver á la materia injertándose. Por ello verá siempre la libertad bajo forma de necesidad, siempre dejará de lado la parte de novedad ó de creación inherente al acto libre, y siempre sustituirá la acción por una imitación artificial aproximada, obtenida por la composición de lo viejo con lo viejo y de lo mismo con lo mismo.

De este modo, á los ojos de una filosofía que se esfuerza por reabsorber la inteligencia en la intuición, muchas dificultades se desvanecen ó se atenúan.

Semejante doctrina, no solamente facilita la especulación, sino que nos da más fuerzas para obrar y para vivir.

Con ella, ya no nos sentimos aislados en la humanidad, ni ésta se nos aparece como aislada en la naturaleza que domina. Así como la más pequeña partícula de polvo es solidaria de nuestro sistema solar entero, arrastrado con él en el movimiento indiviso de descenso que llamamos materialidad, del mismo modo todos los seres organizados, del más humilde al más ele-

vado, desde los primeros orígenes de la vida hasta los tiempos actuales, en todos los lugares y en todo tiempo, no hacen otra cosa que mostrar patente á nuestra vista una impulsión única, inversa del movimiento de la materia y en sí misma indivisible. Todos los seres vivos están como asidos unos de otros, y todos reciben idéntico formidable impulso. El animal toma su punto de apoyo en la planta; el hombre cabalga sobre la animalidad y la humanidad entera, en el tiempo y en el espacio; es á manera de inmenso ejército que galopa al lado de cada uno de nosotros, delante y detrás nuestro, en una carga arrebatadora, capaz de derribar todas las resistencias y de salvar muchos obstáculos, quizá el de la muerte misma.

CAPÍTULO CUARTO

EL MECANISMO CINEMATOGRAFICO DEL PENSAMIENTO (1) Y LA ILUSIÓN MECANISTA.—OJEADA Á LA HISTORIA DE LOS SISTEMAS.—EL DEVENIR REAL Y EL FALSO EVOLUCIONISMO.

Las dos ilusiones fundamentales. De continuo hemos tropezado en nuestro camino con dos ilusiones teóricas que hasta ahora más bien hemos visto por el lado de sus consecuencias que por el de su principio. Su examen forma el objeto de este capítulo y nos brinda la ocasión de destruir ciertas objeciones y disipar ciertas dudas, y sobre

(1) La parte de este capítulo, que trata de la historia de los sistemas, y en particular de la filosofía griega, es el resumen sucinto de los puntos de vista que hemos expuesto largamente, desde 1900 á 1904, en nuestras lecciones del Colegio de Francia, especialmente en un curso sobre la «Historia de la idea de tiempo» (1902-1903). Comparamos allí el mecanismo del pensamiento conceptual al del cinematógrafo. Creemos poder volver á tomar aquí la misma comparación.